

EDITORIAL

MEDICO

No se necesitan encuestas de opinión para tomar conciencia de la creciente mengua de la buena imagen del médico, del descenso del nivel de aprecio y de respeto que tradicionalmente había merecido en nuestra sociedad y en todas las culturas conocidas.

Consciente o inconscientemente las comunidades primitivas o desarrolladas consagran con su afecto, con su aceptación y, si se nos permite el vocablo, con veneración, a quienes su existencia, su capacidad de pensar y de obrar, la dedican a dignificar la vida de sus semejantes, a procurar por todos los medios a su alcance a aliviar sus molestias, a curar sus trastornos de salud, a prevenirlos y, cuando ello no es posible, a rehabilitar al enfermo. Consciente o inconscientemente los hombres han visto en quien voluntariamente ha hecho de ese ideal la meta de su propia vida, la encarnación o personificación del hombre de bien, del ser humano que orienta su quehacer a prodigar el mayor bien en beneficio de aquel que se confía a su cuidado, sin otro interés que el bien pleno de éste, del necesitado de sus servicios.

Médico, hombre de bien, es decir, un ser con las limitantes y cualidades que pueden encontrarse en todo hombre, pero que en un acto de decisión voluntario opta responsablemente por realizar su propia vida sirviendo al hombre - como individuo y como especie - en el área de la salud y acepta como ideal de su vida el amor a éste -philanthropie- y, para llenar su cometido honestamente, la dedicación al "arte" -philotekhnie-, la constante preparación académica que garantice este servicio en bien del paciente.

Hombre de bien, que no puede renunciar a sus necesidades ni sociales de persona en "un aquí y un ahora": debe vivir de su quehacer, tiene el compromiso con su profesión de que ésta progrese científica y técnicamente, tiene obligaciones ineludibles con su familia, con la sociedad, con sus colegas, consigo mismo, y a todos estos deberes ha de responder sin perder de su dignidad. Infortunadamente, a veces, otros intereses inmediatos, de momento, hacen que deje de ser para el paciente el "hombre de bien" y se constituya en "sabio" deshumanizado que sacrifica en aras de la fama, del dinero, de la ciencia, etc., la dignidad absoluta, el máximo valor de la persona humana y aparece como explotador o un mercader del dolor, de la enfermedad del paciente.

Significativo es el mensaje que una mano anónima escribió frente a la puerta de acceso de nuestra Facultad, mensaje dirigido a todos quienes ostentamos el honroso y comprometedor título de Médico: "Obra de caridad, humanizar un médico". Son muchos los síntomas y signos -cuyo análisis no es posible en los límites de un editorial- de que la sociedad en general y, en particular, la comunidad que recibe directamente nuestro ministerio de médico, se resiente de intereses diferentes al beneficio de los pacientes en nuestro diario proceder. Si en otra época histórica fue el saber científico, hoy es el afán económico lo que desvía más frecuentemente al médico de su verdadera meta. Y nadie considera inadecuado o criticable que el médico viva decorosamente de su labor, más aún, nadie pretende que renuncie o descuide -pues tampoco es ético- sus deberes sociales de esposo, padre, miembro de una

sociedad, pero nadie acepta que el cuidado de su valor primordial, absoluto, el cuidado de su existencia, ocupe un lugar secundario frente al ansia de ganancia económica.

El "Juramento" hipocrático tiene un voto de gran importancia y que no ha merecido el estudio y la difusión que debería tener en la formación del médico, para provecho de éste y del paciente: "En pureza y santidad mantendré mi vida y mi arte". En otras palabras, nuestra vida, nuestro quehacer, como persona-médico, deben ser tan nítidos, tan transparentes, que quien los mire no encuentre en ellos otros intereses, otras metas diferentes al servicio honesto, al valor absoluto de la dignidad de la persona del paciente, de su máximo bien; que nuestra mente y que nuestras actuaciones de médico estén inspiradas exclusivamente en la bondad, en el bien como valor permanente que orienta nuestra existencia, con las únicas limitantes inherentes a nuestra condición humana.

Sólo acrecentando el respeto a la dignidad absoluta de su paciente se acrecienta la dignidad del médico, su valor social y el afecto, la veneración de la comunidad. Todo lo que disminuya o atente contra ese respeto, disminuye y envilece la acción y la persona del médico: "Pues -como enseña Martí Ibañez- «Ser Médico» es mucho más que ser un mero dispensador de píldoras o un carpintero médico que remienda y compone carnes y almas rotas. El médico es una piedra angular en la sociedad humana y un intermediario entre el hombre y Dios".

Ramón Córdoba Palacio